La tragedia del Yo:

Sobres las posibilidades de una política narrativa metafórica

Tomás Sabio

Universidad de Buenos Aires

En este trabajo nos proponemos hilvanar una tragedia inserta en dos personalidades narrativas bien distintas, en el centro conceptual de dos escritores con pretensiones quizás inconmensurables si lo medimos con el patrón temático y convergente si lo medimos con el patrón mitológico y retórico. Los dos escritores son Pessoa y Sartre, la tragedia la del Yo, el tenso puente que bascula como puente insertando transición en dos islas hasta ahora incomunicadas, el diseño crítico de Northrop Frye.

El objetivo no sólo se reduce a un experimento de alquimia donde busquemos mezclar materiales para sorprendernos con una originalidad ambicionada, sino poder vislumbrar detrás la tragedia del Yo, debajo del periplo singular de ese centro opaco de las cualidades y acciones, una común impugnación de la metafísica de la sustancia. Esta metafísica se solapa, en el contexto de la perspectiva crítica de Frye, con una impugnación de la idea de una ficcionalización considerada como falsificación de la realidad, siendo la realidad y la ficción dos centro opacos que interactúan entre sí como dos bloques insalvables, así como la verdad y la mentira. Podemos ver así, en la tragedia del Yo, la posibilidad de pensar la *hybris* como la desmesura de constituirse en el estancamiento cosificado de lo inerte; la realidad como dato a imitar falsamente en la ficción, el Yo como centro estable en el devenir de la conciencia, el centro rígido en torno al cual gira la caprichosa espontaneidad.

Finalmente, hermanados en la impugnación de esa metafísica predominantemente metonímica, veremos como la interacción alquímica del existencialismo sartreano y la prosa heterónoma del *Libro del desasosiego* de Pessoa nos habilita a pensar una política narrativa donde la metáfora como tropo maestro de cualquier visión performativa de la

vida, se sostiene en la inescindible articulación de lo creado y la creación, de la ficción y la realidad, de la conciencia y el mundo, de la narración y la identidad.

El Ego como habitante de la conciencia

En un trabajo temprano de Sartre, publicado en 1936, llamado *La trascendencia del Ego* (Sartre: 1968) el filósofo francés se propone desalojar al Yo de la conciencia. Por considerarlo no sólo inútil para el análisis fenomenológico de la conciencia, sino por considerarlo dañino para su dinámica misma, el desarrollo del texto va enclaustrando progresivamente al Yo hasta convertirlo en un mero correlato trascendente del acto reflexivo que, a su vez, ya es en sí mismo un acto derivado. El punto de partida fenomenológico es que, siempre tomando el Husserl muy personal de Sartre que se detiene en las *Investigaciones Lógicas* y repugna de *Ideas* y su conversión trascendental, es que el Yo considerado ya sea como un principio vacío de unificación, con toda su estela kantiana o, teniendo en consideración los postulados proto-psicoanalíticos del inconsciente desarrollados por los teóricos del amor propio, como plafón material que sustenta todas las acciones y deseos de la conciencia, no tiene prioridad para encuadrarla ni es necesaria su postulación para perimetrarla con pericia. El Yo, en estas teorías a impugnar, es un habitante de la conciencia, un polo opaco que, de existir, destruiría a la conciencia por convertirla en una coincidencia consigo misma, deviniendo En-sí, modo de ser de los objetos. Por lo tanto, el Ego, no puede estar entramado intraestructuralmente, sino que tiene que estar ahí afuera, entre los demás seres trascendentes, siendo lo que encuentra la conciencia cuando quiere mirarse. Esta expulsión del Yo tiene su articulación y su fundamento en una de las premisas que, transversalmente, cruzan toda la espesura del existencialismo sartreano y es que la irreflexividad es el modo de ser originario de la conciencia. Esto quiere decir que la conciencia está primordialmente en un vínculo co-originario con el mundo, donde se da ella como siendo conciencia de sí siendo conciencia de otra cosa. La conciencia es una espontaneidad que se abre como un espacio vació en donde el mundo se vuelca entero para ser parasitado por esa nada que espesa y configura el mundo sin ser otra sustancia, sino su reflejo siempre diferido, siempre metaforizado por su acto negativo original. Por lo tanto, la reflexión, cuyo hijo vástago es el Yo, se da recién como un acto de segundo grado que la conciencia realiza para tematizarse a sí misma pero

que, de ninguna manera, es necesaria para fundamentarla, ya que, la misma conciencia reflexiva, sólo lo es sobre un objeto tematizado quedando irreflexiva esa conciencia que realiza el acto reflexivo. Sartre dice en este trabajo que "Una conciencia es toda ligereza, toda traslucidez*"* (Sartre, 2003: 13), y queriendo insertar al Yo en su flujo de espontaneidad se torna "(…) más pesada, ha perdido su carácter que hacía de ella el existente absoluto a fuerza de inexistencia" (Sartre, 2003: 13).

En *El ser y la nada*, obra donde se cristaliza el proyecto de ontología fenomenológica del filósofo francés, se puede ver un tratamiento similar del Ego y que termina de cerrar el periplo del mismo para poder entrever su carácter trágico y su trasfondo metafórico. La conciencia, como ser para-sí, aparece como totalidad destotalizada, esto eso, como una plenitud postulada y que existe como modo de la temporalidad que recapitula todo el sentido de una acción de manera retroactiva, permitiendo que el sentido ilumine el conjunto de acciones. La guerra no se puede ver, expresa el narrador de *El aplazamiento* (2009), segunda novela de la trilogía *Los caminos de la libertad*, lo que se ven son los actos individuales de cada soldado, cada decisión del Hitler o de Patton, los derrumbes de cada bomba. Sólo Dios podría ver el conjunto denominado guerra, pero Dios no existe y, sin embargo, la guerra existe. Esta totalidad se da como proyección de una totalidad que nunca termina por realizarse, que siempre queda trunca, que cuando está por consumarse se disuelve, es figural en su estructura y valoriza todas las acciones pasadas. El Ego, por otro lado, es una totalidad conclusa, una sustancia, con toda su pesadez y su estabilidad ontológica. Se da como un correlato trascendente de la reflexión y su lugar aparece como contrapunto de la espontaneidad liviana de la conciencia que opera, por la ley de su existencia, la negatividad radical que organiza el mundo en una totalidad que en su apariencia de centro opaco termina por diluirse como un cúmulo de hormigas ante una mínima agitación. De esta manera, vemos que el Ego se da como esa pretensión ontológica de la realidad humana de tornarse estable como un objeto trascendente, con su fijeza y fatalidad. Esa fatalidad del Ego, esa condena a ser siempre idéntico a sigo mismo, a sosegarse en un estancamiento sin fisuras, es el modo de ser de una de las fases de la tragedia en la *Anatomía de la crítica* (Frye, 1991)

<u>El otoño y sus derivas</u>

En la tercera crítica de la Anatomía de la crítica se desarrolla el *mythos* del otoño, el ciclo trágico en donde lo que sale a relucir es el agenciamiento de un sujeto aislado que, más poderoso que su entorno, sin embargo se enfrenta y cae frente a lo que se le aparece, mediada por su *hamartía*, como la epifanía de una ley. Estamos en el otoño, es decir, en ese imaginario del declive donde ya no se puede dar la imposibilidad de la caída, como en el veraniego solaz del romance, ni tampoco nos hundimos en la imposibilidad de la libertad previa al caer, como en el sórdido invierno. Pareciera que estamos inmersos en un *mythos* del devenir, del desplazamiento y de la temporalidad; estamos ya en el reino del tiempo. Por esto mismo, Frye comienza su caracterización de la tragedia con la figura de Adán, como ese momento de transición entre el cielo y la servidumbre, el momento de la breve intermitencia de la indeterminación antes de que la libertad se repliegue en fatalidad. Tenemos, al mismo tiempo, en la topografía de la tragedia, según Frye, a la *hamartía* como condición de ser. Esto quiere decir que, en la tragedia, "Existir a secas es turbar el equilibrio de la naturaleza" (Frye, 1991: 280). Los agentes son ontológicamente conflictivos, el mero hecho de estar en el mundo y actuar los sitúa como configuradores de un mundo que reacciona. Siendo esta existencia humana originariamente conflictiva, vemos que la desmesura del héroe, sobretodo en la fase mimética baja, termina por suceder por querer afirmarse en la fijeza intemporal de los polos en los que se tensa la tragedia y produce su progresivo aislamiento y caída. De nuevo está ante nosotros la temporalidad como carácter originario de este *mythos* que se devela feroz ante los deseos de la intemporalidad.

En este contexto, el habitante de la conciencia que Sartre busca expulsar podría leerse como un periplo trágico donde la *hamartia* del Yo se da como el deseo de coincidencia consigo mismo, permitiendo la revelación de la ley del Para-sí, es decir, que es una espontaneidad nihilizadora de manera eminente. El Yo se busca presentar como un agente que no está en la tensión, propia de la temporalidad, entre la redención irreversible del romance y el hundimiento inercial e irreversible del invierno. El Yo como habitante de la conciencia, como centro opaco que busca cristalizar y detener la espontaneidad de la conciencia, cumple el curso de la tragedia irónica donde ante la desmesura de un agente que se asume intemporal y fijo como lo es el *en-sí*, termina cayendo como efecto de la misma dinámica de la temporalidad que lo arrastra hacia la epifanía de la ley del *para-sí*, de la realidad

demasiado humana de un agente que preconiza, en su acepción kantiana o psicoanalítica, una aspiración imposible pero a la cual irreversiblemente tiende toda conciencia como su deseo fundamental. Todo *Para-sí* va a querer ser un Yo, va a tender hacia ese deseo de remanso ontológico y, sin embargo, tiene que elegir ese deseo para hacerlo caer en la epifanía de la conciencia espontánea y siempre en modo de huida. Así tenemos al protagonista de Los caminos de la libertad que, en su contra-novela de formación, termina no en la consumación de una identidad que estuvo siempre en germen y requirió de las epopeyas para poder desplegarla, sino una conclusión de apertura, de ser una nada, de estar condenado a ser libre, frase antonomásticamente trágica.

El desasosiego de una historia sin vida

En el caso del desasosiego de los fragmentos de un personaje cuya identidad es ella misma una narración y cuya razón de ser es la pregunta por su identidad, como es el caso de *Libro del desasosiego* (Pessoa, 2013) podemos ver ya el caso más extremo del deshilachamiento del Yo. La homologación temporalizadora de una identidad que se hace liviana a fuerza de inexistencia, que se hace liviana y translúcida, con el fragmento como modo de presentación de esa impugnación del Yo sustancializado y de un autor que es, él mismo, desustancializado, hacen de Pessoa la radicalización de la conclusión de la contra-*bildung* de *Los caminos de la libertad* de Sartre. “Mejores y más felices los que, sabiendo que todo es ficción, hacen su novela antes de que ella les sea hecho…” (Pessoa, 2013: 122) plantea Bernardo de Soares, su heterónimo (aunque los títulos de propiedad autorales de los heterónimos ya es un riesgo), dejando entrever que esa sustancia estancada en la prosa tradicional, en el sujeto autoral y en el yo que funge como cúpula consumada, está completamente desfondada. El desasosiego como temple anímico general del texto, es la reacción de ese Yo que busca escindirse de la narración que lo constituye y darse como un centro opaco de referencia inconmovible. El Yo aparece como croché, como ese tejido que se forma en la actividad constante de las manos que producen formas con el único propósito de hacer algo, de configurar un mundo que se deshace en el mismo momento en que dejamos imaginar, que dejamos de fijar el mundo en el flujo constante de la narrativa. En el fragmento once, Soares afirma “Somos dos abismos-un pozo contemplando el cielo” (Pessoa, 2013: 23) volviendo al imaginario del desfonde, de esas identidad vaciada cuya

razón de ser es ser ese pozo que sólo es como un vacío imbuido de los dos abismos, como una nada en donde se configura el mundo, como un ser que es a fuerza de inexistencia. Al igual que en el caso del periplo del Yo en la fenomenología sartreana, vemos que el Yo en el periplo imaginativo-ficcional de Pessoa se da cómo una tragedia irónica donde el tiempo de la narración es el tiempo de la vida y todo centro opaco como el Yo, tiene la misma estatura ontológica que el mundo, la de un efecto performático de la espontaneidad imaginativa del croché imaginativo. El Yo es ese agente aislado que en su desmesura quiere ser un agente estable que es capaz de narrase su propia vida no por una retórica bien dispuesta, sino por ser un referente consumado que es posible objetivar sin mayores obstáculos más allá de su capacidad de ser un buen arqueólogo de sus deseos. Por eso el fragmento afirma que "Envidio...a aquellos de quienes se pueden escribir biografías…En estas impresiones sin nexo, ni deseos de nexo, narro con indiferencia mi autobiografía sin hechos, mi historia sin vida" (Pessoa, 2013: 15). Podemos ver que la autobiografía siempre es sin vida, pero no en tanto que no cuenten con ningún evento significativo inserto en su narrativa, sino en tanto que la vida no es un referente transparente a ser desenterrado, un ser presto a ser descubierto por las manos afanosas de los agentes deseosos de encontrar ese cetro vital de donde emanan cuantos deseos es censario tematizar, el Yo.

Northrop Frye nos advierte sobre los riegos de dos lecturas restrictivas de la tragedia; una en la que toda tragedia se reduciría a la manifestación de la omnipotencia de un destino externo. Ésta reducción fatalista tiene como su contraparte polar la teoría de la tragedia como esencialmente moral. Es necesario, para Frye, bascular entre los dos polos de modo tal de evitar antítesis estériles afirmando, una vez más, el conflicto eminentemente temporal, desplazado y transicional. El Yo podría pensarse en Sartre y en Pessoa como un deseo fundamental de sosiego, de estabilidad ontológica, de punto desplazado entre la pura espontaneidad de la conciencia y la pura determinación de los objetos, un agente intermedio entre, en términos de Frye, una imaginación descentrada de toda disciplina y una homologación acrítica de lo inerte.

La política de la metáfora

Lo que nos queda por hacer en este trabajo es tratar de desenredar la productividad filosófica de estrechar vínculos entre los autores desarrollados con el Yo y su periplo

trágico como vaso comunicante. La común impugnación ya descrita del Yo sustancializado en la fenomenología sartreana y en el Libro del desasosiego, tienen como trasfondo común una política de la narrativa donde queda impugnada toda exterioridad opaca e impermeable a la ficcionalización, una narrativa con una pregnancia ontológica, una narrativa metafórica donde palabra y acción son inescindibles.

La ficción, pensada como el ámbito de lo concebible, disuelve la dicotomía sedimentada que asocia la ficción con lo falso y la no ficción con lo real (Frye, 1991: 401) En ese marco, el proceso de ficcionalización se convierte en un fenómeno activo donde de lo que se trata es de ampliar las posibilidades de agenciamiento y de hundir su vitalidad en la capacidad de que toda realización sea la actualización de posibilidades figurales, de que la totalidad siempre inconclusa sea entendida como la ficción, como el campo de posibilidades que retroactivamente iluminan, al producirlas, las realizaciones que son las cristalizaciones siempre truncas, siempre diferidas de la acción. En este sentido, estando primera la ficción y siendo la realidad un fenómeno de segundo grado que sólo cobra sentido como sombra de dicha totalidad inconclusa, podemos pensar que la metáfora como tropo por excelencia de la contaminación, está a la base una política de la narrativa que rechaza toda referencia carente de retoricidad, es decir, carente de le proceso de ficcionalización y la ubica como centro productivo y configurador del mundo.

Por esto el Yo es un personaje trágico en nuestra historia, justamente por eso el cariz profundamente temporal de la tragedia hace de esta figura opaca que se quiere vital e inerte a la vez, un agente que se busca intemporal, así como el panegírico de la realidad enfrentada a la sospechosa ficción se afirma como un bloque autónomo y sin fisuras, seguro y ya codificado.

El problema del Yo es el soy, es el pliegue sobre sí que pretende sustraerse de toda retoricidad del lenguaje, es el miedo a la desestabilización del sentido a través del movimiento espontáneo, liviano, ligero de la metaforicidad. Así como la tragedia es ese bascular entre dos mundos, entre lo divino y lo mundano, la metáfora es un operador de mediación entre dos conjuntos hasta ese momento incomunicables. Por lo tanto, podemos concluir que tras el desasosiego abúlico desplegado en fragmentos de un narrador desfondado y tras el desplazamiento del Yo a un acto de segundo grado de una conciencia

originariamente irreflexiva, vemos un modo de pensar la vinculación entre la acción y el mundo, donde se distancia de la perspectiva metonímica donde la comunicación se da entre totalidades conclusas vinculadas por distribución espacial, para configurarse como una interacción entre totalidades truncas y solapadas. La política implicada de esta manera permite vislumbrar un horizonte común entre dos autores tan disímiles en tantas otras variables, una política metafórica que desfonda el espacio intemporal o el anclaje metonímico para proponerse como una invitación concienzuda a hacer de la realidad el proceso comprometido de una imaginación actualizadora de todas las posibilidades que anidan en su seno.

Bibliografía:

Frye, N. (1991). *Anatomía de la crítica*. Venezuela: Monte Avila Editores.

Lavagnino, N. (2014). Specters of Frye: Muthos, Ideology and Anatomy of (historiorgraphical) Criticism. *Storia della Storiografia*. Vol 655., pp 131-145.

Pessoa, F. (2013). *Libro del desasosiego*. Buenos Aires: Emecé

Sartre, J-P. (2011). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.

Sartre, J-P. (1968). *La trascendencia del e*go. Buenos Aires: Calden

Sartre, J-P (2009). *El aplazamiento.* Buenos Aires: Losada